

PRÍNCIPE DE POYALIS, REY DE ESTAFADORES

A principios del siglo XIX, Gregor MacGregor, un aventurero escocés, convenció a la aristocracia y a los banqueros de la City de Londres para que comprasen 200.000 libras de deuda de un país imaginario.

JOAQUÍN ARMADA, PERIODISTA E HISTORIADOR





Será el zapatero de una princesa! Como en un cuento de hadas, el Príncipe le ha elegido a él por su habilidad para domar el cuero. A partir de ahora, sus zapatos, botas y sandalias solo los calzará doña Josefina, la princesa de Poyais. Su felicidad compite con la de un banquero de la City, contratado por el Príncipe para liderar el banco central, con la del músico que dirigirá la ópera y con la de casi doscientos colonos que se han embarcado en el *Kinnersley Castle* rumbo a un futuro idílico. En sus baúles guardan los títulos de tierra que el príncipe sir Gregor MacGregor, escocés como ellos, les ha vendido. En sus bolsillos, los dólares de Poyais que el mismo les ha dado a cambio de sus libras esterlinas para que compren todo lo que precisen cuando lleguen a la tierra prometida.

El 22 de enero de 1823, el barco zarpa de Edimburgo hacia América. La bandera de Poyais –blanca, con una cruz verde y un águila dorada sobre fondo rojo– ondea en su mástil principal. El Príncipe acompaña a los colonos un par de días para compro-

bar que navegan en buenas condiciones. Sir Gregor MacGregor ha permitido que niños y mujeres viajen gratis, un gesto que confirma a los colonos la bondad de este hombre que ha cambiado sus vidas. Todos han leído los folletos que enumeran las riquezas de Poyais, su clima benigno que contrasta con el frío invierno escocés, sus grandes recursos naturales y la amabilidad de los indígenas, que, además, hablan in-

grabados de la guía. Apenas pueden tener su impaciencia, pero anochece, y el capitán teme los arrecifes. Desembarcan al día siguiente, sorprendidos porque nadie ha acudido a recibirlos. Tampoco hay rastro de St. Joseph, la capital con edificios de estilo europeo. Su desconcierto aumenta cuando descubren que los 70 colonos que les han precedido acampan en la playa en desvencijadas tiendas, pese a haber

ANIMADOS POR LAS FACILIDADES DEL PRÍNCIPE DE POYAS, DOSCIENTOS COLONOS ZARPAN A AMÉRICA

glés. Muchos han leído la detallada guía de 350 páginas que describe cómo explotar las fincas que han comprado, cuya tierra fértil puede producir varias cosechas al año de tabaco, café, azúcar o algodón. Que se ubique en la Costa de los Mosquitos no ha despertado sus sospechas sobre la posible insalubridad del lugar.

Tras dos meses de travesía, el *Kinnersley Castle* atraca en la laguna de Black River, que tan bien conocen los colonos por los

llegado varios meses antes. Los más perspicaces sospechan enseguida que algo va mal, pero no imaginan cuánto. Pronto descubrirán que los dólares que llevan en sus bolsillos no valen nada, que los certificados de la tierra en los que han gastado sus ahorros son papel mojado y que Poyais es un territorio infestado de mosquitos que transmiten la malaria y la fiebre amarilla, enfermedades que matarán a 180 hombres, mujeres y niños. El zapatero no vive para

ver el desastre. Expulsado de su cuento de hadas, se vuela la cabeza de un pistoletero. Es la primera víctima mortal del immense fraude urdido por MacGregor. Mientras los colonos mueren en aquel infierno, la prensa londinense narra el éxito del escocés. Los aristócratas presumen de contar con la presencia del príncipe y caíque de Poyais en sus fiestas; los banqueros se pelean por financiar su aventura colonial. "En la primavera de 1823 –escribe el historiador David Sinclair–, Gregor MacGregor era una celebridad en Gran Bretaña". Los fans de Walter Scott que han disfrutado con la lectura de su novela *Rob Roy* (1817) aprecian que el Príncipe desciende del linaje de este héroe escocés. Los nobles menos cultos, que sirviera en la guerra de España a las órdenes de Wellington, en el victorioso Regimiento 57, cuyas tropas eran conocidas como "los espaldas de acero" por los frecuentes latigazos que recibían debido a su indisciplina. Unos y otros, que después luchase de forma heroica con los rebeldes sudamericanos a las órdenes de Bolívar. Sus esposas e hijas admiraban el rostro atractivo del Príncipe, sus ojos azules, su porte y distinción. Hombres y mujeres son incapaces de resistir el encanto de su conversación.

Todo lo que decía era verdad, todo lo que decía era mentira. Su familia pertenecía al clan de Rob Roy MacGregor, pero estaba muy alejada. Había luchado en la guerra de España y en el Regimiento 57, pero no en la batalla de La Albuera (1811), porque para entonces ya no pertenecía al ejército británico. Sí, había sido soldado de fortuna en América, y sí, su mujer era prima de Bolívar, pero su combate contra la Corona española distaba de ser heroico o de estar motivado por un noble ideal. No era él, y lo más importante, tampoco había sido nombrado cacique de Poyais en abril de 1820 por el rey Jorge Federico en una ceremonia en la hermosa ciudad de St. Joseph. Por la sencilla razón de que, aunque existía un rey Jorge Federico de la Nación Mosquita, no había ningún Territorio de Poyais que gobernar ni ninguna ciudad llamada St. Joseph; solo una amplia selva del tamaño de Gales, tan improductiva y despoblada como infestada de mosquitos. Con pequeñas verdades y grandes mentiras, Gregor MacGregor había creado un país y había logrado engañar a todos.

El fracaso de Darién

UNA FALLIDA TENTATIVA ESCOCESA DE COLONIZAR EN EL YA POPULOSO CONTINENTE AMERICANO.

ENCLAVE COMERCIAL

A finales del siglo XVII, Escocia quiso tener una colonia en América. Solo había un problema: no quedaba sitio. Ingleses, franceses, holandeses, portugueses y españoles se repartían ya el continente. A los escoceses no les importó. Liderados por William Paterson, uno de los fundadores del Banco de Inglaterra, 1.200 colonos partieron en cinco naves en julio de 1698 rumbo a su nueva Caledonia, en Darién, Panamá, desde donde querían comerciar con Asia y Europa.

UN SALDO NEGATIVO

Era una zona pantanosa, infestada de mosquitos. Aun así, resistieron casi nueve meses a las enfermedades, el calor y los ataques españoles, hasta huir a Jamaica. En noviembre de 1699 llegaron 1.300 colonos más. Superados por las tropas españolas, sin ayuda inglesa, se rindieron en marzo del siguiente año. El fracaso de Darién fue tan grande que arruinó a Escocia. En bancarrota, firmó el Acta de Unión (1707), perdió su independencia y se integró en Gran Bretaña.



Del linaje de Rob Roy

El genial estafador había nacido la Nochebuena de 1786 en Loch Katrine, la vieja casa del clan MacGregor. Su padre era un capitán de la Compañía de las Indias Orientales; su madre, la hija de un doctor. Con solo 16 años se alistó en el Ejército. Aunque el proceso normal duraba tres, le bastó con un año para ascender a teniente. La guerra contra Napoleón facilitaba las promociones, pero Sinclair, el gran

biógrafo de MacGregor, cree que sus superiores apreciaron en él su minuciosidad y su notable capacidad para recordar detalles, cualidades que mucho después le permitirían tejer su gigantesca estafa. A los dieciocho se casa con María Bowater, dama con una gran fortuna y un tío teniente general. Apenas dos meses después, MacGregor paga las 900 libras que cuesta el ascenso a capitán. Pronto sus subordinados ven que le preocupa más su apa-



PORTOBELO, en el actual Panamá, fue uno de los puertos más importantes de la América española.

riencia y los placeres de una buena mesa que las obligaciones de su rango. En 1811, cuando ya ha dejado el Ejército, probablemente obligado, su esposa María fallece. Sin su fortuna, MacGregor no puede mantener su modo de vida. Vende su herencia y parte a Caracas, capital de la flamante república de Venezuela. Llega a la ciudad poco después de un terremoto que ha causado miles de muertos, y que es interpretado por muchos como un castigo divino por la sublevación contra la Corona española. A sus 62 años, el general Francisco de Miranda es el dictador virtual del recién constituido estado. Encantado de recibir nuevos oficiales, Miranda nombra a MacGregor comandante de un regimiento de caballería. Una pequeña escaramuza basta para que quede impresionado por la valentía del joven.

En Venezuela, MacGregor encuentra también a la mujer de su vida. A mediados de 1812 contrae matrimonio con Josefa Antonia Andrea Aristeguieta y Lovera, prima de Simón Bolívar. Pero MacGregor se ha unido a la rebelión en el peor momento, en vísperas de su primera gran derrota. Apenas cuatro semanas después, los rea-

gar a Jamaica, donde se esfuerza por que la comunidad británica le trate como un arrojado guerrero. Es una constante en su vida: escapar abandonando a los hombres bajo su mando y mostrarse después como un héroe. Como escribe Sinclair, ha aprendido una lección que no olvidará: "Dile a la gente lo que quiere creer".

EN LOS ACTOS OFICIALES SE MUESTRA COMO UN BOLÍVAR EN MINIATURA Y LLEGA A IMPRIMIR MONEDA

listas derrotan al ejército de Miranda y el matrimonio se exilia a Curaçao. Pronto MacGregor vuelve a unirse a los rebeldes de Nueva Granada y a distinguirse en la defensa de Cartagena. Tras un largo asedio, es uno de los pocos oficiales que logra eludir el cerco de los barcos españoles y lle-

Si su compromiso con la lucha por la independencia de las colonias españolas fuese auténtico, MacGregor podría haberse distinguido con el ejército de Bolívar, que le tienta a unirse a él promocionándole a mayor general. Pero para entonces ya ha emprendido una aventura que espe-

ra más provechosa: la conquista de la Florida española. Bajo la cobertura del general Arismendi, y con el aparente apoyo del Departamento de Estado de Estados Unidos, MacGregor se lanza a la conquista de la pequeña isla de Amelia en el verano de 1817. Su variopinta tropa de aventureros estadounidenses y genuinos patriotas iberoamericanos derrota sin problemas al destacamento español. Pero el gobierno de MacGregor es un desastre. En sus proclamas y actos oficiales se muestra como un Bolívar en miniatura, y llega incluso a imprimir moneda propia. Los dólares de Amelia son el precedente de los futuros dólares de Poyais. Una vez más, escapa antes de que los estadounidenses maten a sus hombres y se queden con la isla. En 1818 MacGregor regresa a Europa. Luis López Méndez, el representante de Vene-

zuela en Londres, no tarda en convencerle para que reclute un pequeño ejército de voluntarios europeos. Tiene hombres de sobra para elegir: el fin de las guerras napoleónicas ha dejado a miles de oficiales y soldados veteranos ociosos. Con su nuevo ejército, MacGregor toma la ciudad de Portobelo en abril del año siguiente y la de Riohacha en septiembre. Son conquistas efímeras, y en ambos casos MacGregor se comporta como un pusilánime, huyendo en una ocasión literalmente por la ventana. Aun así, se autopropone "Su Majestad, el Inca de Nueva Granada". Bolívar no perdonó su cobardía y ordena que sea ahorcado por traición. La aventura americana ha terminado para MacGregor, pero antes de regresar a Europa consigue, probablemente tras emborracharle, que el rey de la Nación Mosquita –un territorio entre Nicaragua y Honduras bajo la influencia de la Corona británica– firme un papel donde le entrega ocho millones de acres. MacGregor tiene un plan. Lo que no ha logrado con las armas lo conseguirá fingiendo ser el héroe que no es. Volverá

ANTES DE SU HUIDA A EUROPA, MACGREGOR LOGRA DEL REY DE LA NACIÓN MOSQUITA OCHO MILLONES DE ACRES

EL OTRO GRAN IMPOSTOR

En aquella misma época, un americano urdió a su gusto islas en el Pacífico.



UNA FAMA INMEREADA

Mientras MacGregor se inventaba un país paradisíaco para embauchar a ingenuos y avariciosos, el capitán estadounidense Benjamin Morrell (arriba) llenaba el Pacífico de islas ficticias. Entre 1822 y 1831 navegó por este océano en busca de tesoros. No encontró ninguno y, como escribe Simon Garfield en su entretido ensayo *En el mapa*, "optó por la posteridad". Morrell comenzó a inventarse islas. Las más célebres fueron la que bautizó con su nombre, cerca de Hawái, y Nueva Groenlandia del Sur, que permaneció en *The Times Atlas* hasta 1922, nada menos. Pese a que ya en la década de 1870 su existencia empezó a cuestionarse, solo la expedición de Ernest Shackleton a la Antártida (1914-16) demostró que era una farsa.

HACIENDO LIMPIEZA

Las de Morrell no fueron las únicas islas ficticias que llenaron el inmenso vacío del Pacífico en los mapas. En 1875, el capitán Frederick Evans eliminó 123 islas de las cartas de navegación del Almirantazgo británico. Se excedió en su celo: tres eran reales.



corta y pega de otros libros. La guía describía Poyais como un paraíso rodeado de montañas que lo hacían inexpugnable. MacGregor abre su embajada en Dowgate Hill, en el corazón de la City. Anuncia su apertura en la prensa, concede entrevistas a *The Times* y celebra banquetes. Aunque Poyais está en Centroamérica, para los londinenses, que siguen entusiasmados la lucha de los libertadores contra la Corona española, es un estado más de una Sudamérica independiente que ofrece grandes oportunidades para hacer negocios. Si hubiera empezado pidiendo dinero prestado, sin duda habría despertado la desconfianza de los banqueros de la City. Fue mucho más hábil. Organizó primero la colonización de Poyais y, entonces, con la maquinaria ya en marcha, pidió ayuda financiera. O, más bien, dejó que se la ofreciesen. MacGregor sedujo por completo a William John Richardson, uno de los más destacados aristócratas londinenses, le nombró caballero de la Cruz Verde, la más alta distinción de Poyais, y le convirtió en su embajador en Gran Bretaña. Juntos planifican la venta en parcelas de ocho millones de acres de Poyais. Los 100

MACGREGOR NO SOLO PONE A LA VENTA PARCELAS DE POYAS, SINO QUE DECIDE EMITIR BONOS DE DEUDA

acres se ponen a la venta a 11 libras, un precio muy popular, teniendo en cuenta que, en 1822, un trabajador ganaba de media una libra a la semana. MacGregor publica anuncios en la prensa y abre sendas Poyaisian Land Offices ("oficinas de bienes raíces de Poyais") en Edimburgo y Glasgow. Es entonces cuando confiesa a Richardson que el dinero que le ha confiado el gobierno de Poyais no será suficiente para contratar a los trabajadores que necesita y cubrir todos los gastos de la expedición. Richardson ofrece la solución: Poyais debe emitir bonos de deuda.

Tras las guerras napoleónicas, la City londinense había desbancado a Ámsterdam como centro financiero mundial. Era un imán para inversores, empresarios y go-



biernos, que querían prestar y, mucho más a menudo, recibir prestado. En 1822, Colombia se convirtió en el primer país sudamericano en recibir capital de la City. Sus bonos ofrecían un interés de hasta el 6% y fueron una sensación. Ante el éxito, emitieron deuda Chile y Perú, flamantes repúblicas que, como Colombia, no había reconocido aún el gobierno británico, pero que ofrecían como garantía sus inmensos recursos naturales. La deuda de Poyais salió a la venta en octubre, en paquetes de 100, 200 y 500 libras, en bonos a 30 años con un interés anual del 6%. En lo que a Poyais concierne, "el momento no podía haber sido mejor", escribe Sinclair. MacGregor ha dado su gran golpe: colocar 200.000 libras en deuda de un país falso.

Fraude sin castigo

Para entonces, el cacique de Poyais había hecho lo que siempre hacía cuando los acontecimientos se torcían: huir. Con la

excusa del delicado estado de salud de su mujer, MacGregor había dicho que se marchaba a Italia. En realidad, su destino fue París, donde se asoció a la Compañía de Nueva Neustria, que pretendía hacer lo mismo que él había hecho en Londres, pero con franceses, en lugar de escoceses. Aunque se entrevistó con un ministro francés e intentó una nueva emisión de deuda, su aventura no tuvo éxito. En diciembre de 1825 ingresó en la prisión parisina de La Force acusado de fraude.

MacGregor se mostró ante la justicia francesa como un líder político injustamente encarcelado. Como muestra de que su única preocupación eran los habitantes de su joven nación, esgrimió como defensa la Constitución que había redactado aquel año, en la que definía el Territorio de Poyais como una república. Su hábil abogado le salvó de ser condenado por fraude, pero los tiempos de las grandes estafas habían concluido. En 1834 regresó a Edimburgo, y todavía tres años después seguía vendiendo certificados de tierras de Poyais a algún incauto. En 1838 falleció su esposa. Solo y sin dinero, decidió utilizar uno de los pocos documentos auténticos que sí tenía, la carta en la que Simón Bolívar le había nombrado mayor general. Tuvo éxito. El gobierno venezolano reconoció su pensión, y MacGregor llegó a Caracas en 1839. Falleció seis años más tarde, el 4 de diciembre de 1845. Sin que la sombra del fraude lo impidiese, fue enterrado en la catedral de la capital, con honores militares, al tiempo que su nombre se inscribía en el monumento a los Libertadores. Un magnífico final para un audaz estafador sin castigo. ■

PARA SABER MÁS

CLÁSICO

STRANGEWAYS, Thomas. *Sketch Of The Mosquito Shore: Including The Territory Of Poyais, Descriptive Of The Country...* Edimburgo: W. Blackwood, 1822. En inglés.

ENSAYO

GRIFFITH DAWSON, Frank. *The First Latin American Debt Crisis: The City of London and the 1822-25 Loan Bubble.* New Haven, Connecticut: Yale U. P., 1990. En inglés.

SINCLAIR, David. *The Land That Never Was: Sir Gregor MacGregor and the Most Audacious Fraud in History.* Cambridge, Massachusetts: Da Capo P., 2004. En inglés.